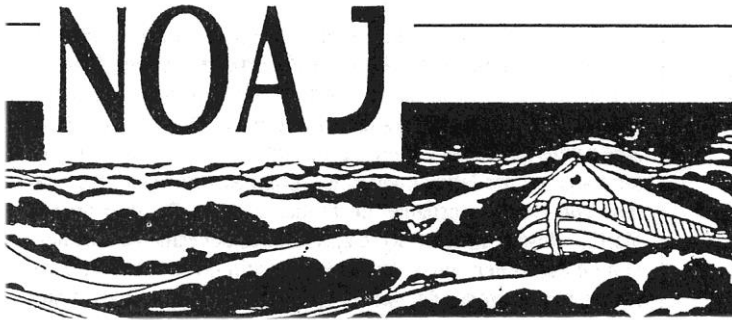




Año II, N°. 2, julio de 1988

Ofek, Natan (Pupik). "Peregrinaje en el desierto: reflexiones sobre Kafka y el exilio". pp. 40-49

**Natan
Ofek
(Popik)**

Natan Ofek (Popik) prepara su doctorado en el Departamento de Pensamiento Judío de la Universidad Hebrea de Jerusalén. El presente trabajo es parte de las notas y reflexiones realizadas para su tesis doctoral, que versará sobre "La obra literaria de Brenner y Kafka como modelo para la comprensión de la condición judía contemporánea".

Peregrinaje en el desierto: reflexiones sobre Kafka y el exilio

... "Más nítida aún es la condición del exilio – para los judíos una categoría teológica tanto como una experiencia histórica – que subyace en las ficciones más importantes de Kafka. Los comentaristas han acertado al acentuar este elemento, por encima de otros, cuando identifican lo distintivamente judío en Kafka: si la literatura moderna, en general, adopta el punto de vista del extraño, del que no pertenece, Kafka, como miembro alienado de un pueblo exilado, es el modernista paradigmático, precisamente porque es el judío paradigmático."

Robert Alter, *After the Tradition*,
New York, 1969, p. 27.

En este trabajo quisiéramos reflexionar acerca del papel del exilio en la vida, la obra y el pensamiento de Kafka.

La génesis del exilio se manifiesta primeramente en su relación con el cuerpo, que no posee espacio legal en el mundo, y cuya debilidad se hace eco de la debilidad del cuerpo del judío en el exilio. El peregrinaje de Kafka se inicia con una percepción de la falta de unidad con su cuerpo, y este es el primero de los círculos en la percepción de su extranjería. Los otros círculos – familia, historia, ciudad, pueblo, religión – son una evolución de la fractura original a la cual aludimos. Ser judío en la diáspora es, básicamente, carecer de lugar y por lo tanto estar en movimiento permanente, como la inquieta ardillita que él mismo llama con su nombre hebreo, *senait*, la cual "siempre de viaje, siempre de búsqueda... no podía decir nada al respecto, no porque le faltase el habla, sino porque no tenía ni un instante de tiempo" (1): El cuerpo se enajena y se hace hostil, y hasta puede llegar a adquirir la pesadez horrible del insecto, mientras el alma, al carecer de espacio propio, se vuelve alma trashumante. Su lema será: "Hay una meta, pero ningún camino; lo que llamamos camino es vacilación" (2). La creación de Kafka y su vida es la crónica de su vacilación por los caminos del exilio.

En estos caminos se entrelazan las distintas dimensiones de la existencia en general y de la existencia de Kafka en particular: el mito, la historia, la vida social y el drama único de una existencia individual. La obra es comunicable en tanto lleva en su textura original los ecos y las voces del marco humano y transpersonal en el cual se origina y al cual se dirige.

El primer exilio

De acuerdo con el relato bíblico, la humanidad comienza con la expulsión del paraíso (Génesis 3-24). La humanidad que conoce la culpa, el castigo y la muerte, la que conocemos, se inaugura míticamente con Adán y su exilio. La pérdida de la inocencia, el acceso al saber del bien y del mal convierte a Adán y a Eva en cuasi-dioses. La expulsión estuvo destinada a evitar que comieran del Arbol de La Vida y además de “saber”, se convirtieran en eternos. Al transgredir la prohibición divina, Adán y Eva dejaron de merecer la eternidad.

El tema de la expulsión del paraíso preocupó hondamente a Kafka, quien le ha dedicado largas y complejas reflexiones.

Pero nosotros lo mencionamos en tanto proto-modelo del concepto de exilio. Concepto que se nos escapa en la variedad de “exilios” posibles y su existencia en las distintas circunstancias de una larga historia de expulsiones, peregrinajes y nostalgias. El sentido modular que intentamos precisar al referirnos al mito de Adán, pretende destacar el aspecto metafísico de la separación y la condena, que el destierro implica y al cual el mito crea una forma. Esta “forma” da origen a toda la reflexión acerca del exilio, y está allí como base germinal de la experiencia de la extrañeza y del anhelo de una unidad original perdida.

Podemos vislumbrar en Kafka las reverberaciones del momento vertiginoso y terrible de la tentación, la transgresión, la fuga, la culpa y el saber de haber perdido la paz eterna y feliz del Edén. Como Adán, Kafka se cubre la desnudez, avergonzado por la finitud angular de su cuerpo. Se achica, se estremece atestiguando así lo que ha llegado a saber desde su puesto adámico – prometeico. Es decir, que posee un cuerpo roturado por la prohibición, sentenciado por la finitud, desgastado por la feroz hemorragia de una

ausencia original hasta el punto de que sólo le queda “La tierra que cubren sus pies” (3)

Si bien el exilio se caracteriza por la pluralidad de sentidos, que los convierten en complejo, el anti-exilio es más fácil de definir: se trata de la espontaneidad indivisa del cuerpo, la armonía de cuerpo y paisaje, la familiaridad cálida del conocimiento y el reconocimiento, la abolición de la culpa y la angustia.

En su diario escribe:

Impresión general de los campesinos: caballeros que se han salvado en el trabajo de la tierra, ejecutado con tanto saber y humildad que se ensambla en el todo sin dejar huecos, mientras ellos quedan al amparo de dudas y enfermedades del alma hasta que mueren bienaventurados. Verdaderos ciudadanos de la tierra. (4)

La “impresión” de los campesinos destaca lo que Kafka no poseía; a saber: una verdadera ciudadanía, es decir una pertenencia sin grietas. Alemán para los checos, judío para los alemanes, judío occidental en relación a los judíos orientales, creyente entre los ateos, descreído entre los creyentes; riguroso en su búsqueda de la verdad como un científico, pero “cabalista” para sí mismo (“Todo esta literatura es un ataque contra las fronteras, y si el sionismo no hubiera intervenido, podía haberse convertido fácilmente en una nueva doctrina secreta, una Cábala”. **Diarios**, 16.1.1922, p. 386). Era, sobre todas las cosas, un hombre separado de su propia corporeidad.

El exilio y el cuerpo

Ya en la infancia lo preocupaba profundamente su propio cuerpo, tal como él mismo lo ha narrado en “Carta a mi padre”:

En aquel entonces, y sólo en aquel entonces, habría necesitado el aliento. Si con tu sola presencia física ya me aplasta-

bas... Recuerdo, por ejemplo, cuando nos desvestíamos juntos en una casilla. Yo, flaco, débil, enjuto; tú, fuerte, grande, ancho. Ya en la casilla me sentía lamentable, y no sólo ante ti, sino ante todo el mundo, pues eras para mí la medida de todas las cosas. Pero cuando salíamos de la casilla e íbamos entre la gente, yo tomado de tu mano, un esqueleto pequeño, vacilante, descalzo sobre las tablas, temeroso del agua, incapaz de imitar tus movimientos al nadar que, con buena intención pero en realidad para mi vergüenza profunda, repetías constantemente para enseñarme, entonces me sentía profundamente angustiado y todas mis experiencias desalentadoras en todos los campos, en esos momentos, coincidían acabadamente. (p. 13)

El cuerpo seguirá angustiándolo como parte amenazante y lamentable de sí. En 1910 anota en su diario la siguiente observación:

"Escribo francamente desesperado por mi cuerpo y por el porvenir que me espera con este cuerpo" (Diarios, p. 10).

Y un poco más adelante anota lo que resulta de la atención minuciosa y expectante que dispensa a su cuerpo:

"Remo, monto a caballo, nado, me tiendo al sol. En consecuencia, los muslos no están mal, el vientre es aceptable, pero el pecho es todavía miserable y mi cabeza hundida entre los hombros..." (Diarios, 17,18,5.1910, p. 12).

Su cuerpo está separado de sí por el filo de su mirada. Elías Canetti describe las relaciones entre Kafka y su cuerpo:

"La delgadez le llevó muy temprano a fijarse en su cuerpo. Se acostumbró a fijarse en todo cuanto a éste le faltaba. Gracias a su cuerpo poseía un objeto de observación que nunca se le escapaba, que nunca se le podía sustraer". (5)

El cuerpo no sólo era extraño sino también hostil, era visto como impedimento inoportuno:

"Es indudable que mi estado físico es un obstáculo capital para mi progreso. Con semejante cuerpo no se puede hacer nada". (Diarios, 19.7.1910, p. 17).

Su cuerpo no conoce el reposo y la calma. No es prolongación de un paisaje propio ni de la sensación de salud, del dejarse vivir en la armonía de una correspondencia, o una resonancia sin interferencia entre su ser y el trozo de mundo en que vive y muere.

La extranjería medular de Kafka se alimenta de su falta de raíces al considerarse a sí mismo "el más occidental de todos los judíos" (6), que es como decir "el más asimilado y desarraigado de todos los judíos". De ahí que su cuerpo, sin derecho propio, al igual que el de Anteo separado de la tierra que es fuente de legalidad y vitalidad, se desploma, víctima del sentimiento de trasgresión y pecado. El deseo pasa a ser la trampa abominable e infernal que lo arrastra:

"...Mi cuerpo, a veces silencioso durante años, se sentía de pronto agitado hasta no poder dormir de noche, por ese deseo de una pequeña, de una bien definida abominación, de algo levemente repugnante, penoso, inmundo; aún en lo que para mí era lo mejor que el mundo podía darme, había siempre algo de eso, cierto leve mal olor, algo sulfuroso, algo infernal. Ese impulso tenía algo del eterno judío insensatamente arrastrado, insensatamente vagando por un mundo insensatamente inmundo". (7)

Aquí liga Kafka la imagen del eterno judío con la de la inmunidad. Mundo e inmundo se enlazan en la falta de raíz del judío eterno, el "judío errante", personaje de una leyenda cristiana medieval acerca de un judío condenado a vivir y a vagar eternamen-

te. Los mitos de Adán y del Judío Errante iluminan la percepción de invalidez y destierro tan exacerbada en Kafka: "...estoy demasiado lejos, estoy desterrado..." (**Diarios**, p. 394), clama desde el infierno de su soledad en el desequilibrio amenazador de su frágil y precaria libertad. Desconoce la norma (8) que permita aceptar su presencia y legitimar sus actos confiriéndoles valor y significado.

Exilio y Finitud

Recordemos el primer exilio: la expulsión del paraíso donde la primera consecuencia del pecado es la vergüenza. El primero de los males que se les revela a Adán y Eva es el de sus cuerpos desnudos. Al haber descubierto la finitud espacial del cuerpo merecen el castigo que decreta la finitud de la vida: la muerte.

El horror de la finitud se convierte en el espacio espiritual del exilado metafísico:

"La precisa delimitación del cuerpo humano es horrible" (**Diarios**, 30.10.1921, p. 382), nos dice Kafka cuando analiza en su Diario el "sentimiento de absoluta desolación", de separación y de falta de pertenencia. Llevar las cosas a término, darles fin, ponerles punto final, concluir, se convierten para él en sinónimos de muerte y pecado.

Se ve a sí mismo como un peregrino en el desierto. Aunque no sólo en un desierto exterior, busca la pista que lo lleve a la Tierra Prometida, pero llegar resultaría increíble puesto que aún "Moisés no llega a Canaán, no porque su vida fuese demasiado corta, sino porque era una vida humana". (**Diarios**, 19.10.1921, p. 379).

Los términos en juego dentro de esta epistemología del exilio están constituidos por:

1. La erradicación inapelable del territorio edénico de los orígenes.

2. La vanidad y el pecado de desear el fin que sería como un recaer en la tentación y la transgresión originales.

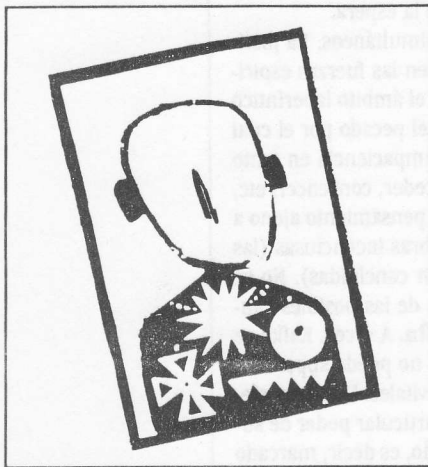
3. La absoluta necesidad de la meta.

4. La irreductibilidad de la distancia y de la espera.

Todos estos factores son equivalentes y simultáneos. La justicia, la verdad, la esperanza y la fe constituyen las fuerzas espirituales que intentan restaurar la armonía en el ámbito laberíntico del exilio y sus sombras. La impaciencia es el pecado por el cual tuvo lugar la expulsión del Paraíso (9). La impaciencia en tanto voluntad irreflexiva de obtener, concluir, acceder, convencer, etc, es, en ojos de Kafka, fuente del mal. En este pensamiento ajeno a los confines hay que ver el espacio de sus obras inconclusas (las tres novelas importantes de Kafka no fueron concluidas). No se trata de una explicación, ni siquiera de una de las posibles causas: se trata de la atmósfera del **horror al fin**. A veces, Kafka ve en ello un defecto, una traba, y sin embargo no puede superarla, está en él, es ya él, como todas las elecciones vitales. Esta atmósfera es la que otorga a la lectura de Kafka su particular poder de sugerencia, volviéndolo tan reactivo a ser de-finido, es decir, marcado por el contorno de un concepto. El texto sutil rebasa los límites de la crítica, se filtra y se expande hacia territorios inabarcables por la teoría.

Kafka escribe en su diario que su vida es un "titubeo prenatal" (p. 391, 24.1.1922); más adelante afirma "no haber nacido aún" (p. 402, 15.3.1922). Estas imágenes no hacen sino reflejar las fracturas, los abismos que separan a Kafka y lo hacen sentirse abandonado y

"...no sólo abandonado aquí, sino también en Praga y sobre todo en Praga, mi "patria", y en verdad no sólo abandonado por los seres humanos, lo que no sería lo peor, porque podría



correr detrás de ellos mientras viviera, sino por mí mismo en relación con los demás seres humanos, por mis fuerzas en relación con los demás seres humanos; siento simpatía hacia los que aman, pero no puedo amar, estoy demasiado lejos, estoy desterrado..." (Diarios, 29.1.1922, p. 394).

El desierto cobra aquí el sentido letal de la pérdida de la fuerza vital del amor, y esta pérdida se define o explica como resultado de la lejanía y el destierro.

La epistemología del exilio radical, que nace con Kafka, sugiere una poética y una moral en cuyo ámbito se van dibujando los personajes y sus caminos. De ellos trataremos en las próximas páginas.

El exilio en la obra de Kafka

La grieta de Kafka entre su cuerpo y su ser espiritual es percibida por Walter Benjamin que señala:

"...tal como K. (personaje central de El Castillo en el poblado al pie del castillo, así vive el hombre contemporáneo en su cuerpo; el cuerpo le huye, se le convierte en enemigo. Puede ocurrir que el hombre se despierta una mañana y se encuentra convertido en un insecto. La ajениdad — la propia ajениdad se ha adueñado de él". (10)

Esta ajениdad que señala Benjamin es expresada por Kafka en sus **Diarios** a través de la metáfora del desierto. Vastedad árida, distancias enormes, desorientación, temor:

"...ya soy ciudadano de este otro mundo, que se parece al mundo normal como el desierto a la tierra cultivada (durante cua-

renta años erré alejándome de Canaán); miro hacia el pasado, como un extranjero; además, en este otro mundo — y esto me sigue como una herencia paterna — soy el más diminuto y el más temeroso, y sólo consigo vivir en él gracias a su organización especial, mediante la cual basta el más insignificante puede gozar en él de exaltaciones instantáneas, aunque también está expuesto a que lo aplaste durante mil años el peso de los mares.

...ya hace mucho tiempo que estoy en el desierto, y sólo son espejismos de la desesperación, especialmente en esos momentos en que también allí soy el más miserable de todos, y Canaán se me aparece como la única Tierra Prometida, ya que no existe para los hombres una tercera región." (Diarios, 28.1.1922, pgs. 383, 394).

El desierto y Canaán, K. y el Castillo, la lucha contra la desesperación y el espejismo, constituyen el **leit-motiv** de sus grandes novelas. Pero en **El Castillo** el desierto es externo. El acceso a él está propuesto en términos de una lucha entre K. y los otros, a diferencia del desierto interior, en el cual está situado José K., personaje de "El Proceso" (En las conversaciones con Gustav Janouch, Kafka comenta que ha gozado de la lectura del libro "Relatos de monjes en el desierto" y agrega: "los monjes están en el desierto pero el desierto no está en su interior") (11).

Desierto interior y desierto exterior son categorías literarias. Ni definen ni explican; sólo pueden suscitar asociaciones aclaratorias. El desierto interior se caracteriza por una cierta pasividad e indiferencia; el movimiento hacia el exterior es gestual. El mal viene de afuera, y se trata de enfrentarlo. Aunque este enfrentamiento se realiza sin demasiada pasión o convicción. La aridez interior de Joseph K., su resignación, su indiferencia, el marchar por el ca-

mino del error, constituye el desierto interior compuesto de pobreza vital, torpeza imaginativa, autoconciencia oscura. Distancia intransitable entre el presente y la culpa. Presión sórdida y crepuscular, que frustra las posibilidades de la confesión, de la purificación o de la muerte de mártir. K., por el contrario, es un luchador, y el principal obstáculo reside en la indiferencia y la lejanía de los otros y del castillo. El desierto está afuera, distancia intransitable entre el anhelo de llegar a una existencia legítima y de ser reconocido por el castillo redentor.

El concepto de exilio está presente con particular intensidad en las inspiradas páginas que escribiera Maurice Blanchot. En su análisis, **El Castillo y El Proceso** son dos grandes expresiones del exilio en Kafka. Creemos entender que Blanchot percibe en el autor un cierto pacto secreto entre sí mismo y el exilio radical. Es como si Kafka se dirigiera a sabiendas por el camino de su fracaso. Por ejemplo, en **El Castillo**, K.

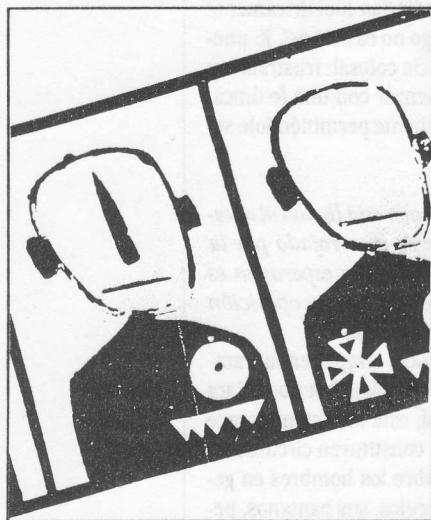
"Está desde el comienzo fuera de la salvación, pertenece al exilio, ese lugar donde no sólo no está en su casa sino que está fuera de sí mismo, en el afuera mismo, una región absolutamente privada de intimidad, en la que los seres parecen ausentes, en la que todo lo que cree aprehender se sustrae. La dificultad trágica de la empresa reside en que, en este mundo de la exclusión y de la separación radical, todo es falso e inauténtico en cuanto lo contemplamos, todo vacila en cuanto nos apoyamos, pero sin embargo el fondo de esta ausencia siempre está dado otra vez como una presencia indudable, absoluta, y la palabra absoluto está aquí en su lugar; significa separado, como si la separación experimentada en todo su rigor pudiese invertirse en lo absolutamente separado, lo absolutamente absoluto. (12)

Blanchot destaca el absoluto de la separación. La imposibilidad del acceso al castillo, acentúa la vanidad del intento. K. sería víctima del pecado de impaciencia, caería víctima de las imágenes o representaciones que anticiparían o mediarían idolátricamente entre K. y la verdadera unidad. Sin embargo no es sólo así. K. puede ser visto como poseedor de una paciencia colosal: frustrado en cada uno de sus intentos, vuelve a recomenzar con una fe única. Su esperanza frágil se recupera constantemente permitiéndole seguir sin desmayo.

"El Proceso", señala Blanchot:

"... es un proceso de error, como todo lo que está ligado al afuera, esas tinieblas, "exteriores" donde se es arrojado por la fuerza del exilio, proceso donde si queda una esperanza es para quien avanza no contra la corriente, por una oposición estéril, sino en el sentido mismo del error". (p. 71)

La visión de Blanchot es que Kafka se deja atrapar en la trampa de la exterioridad y el error. Es cierto que Blanchot nos aclara que "sólo en cierta medida". Pero aun así, esta intuición merece ser analizada. El exilio, el afuera, el error, constituyen circunstancias objetivas, pesan sobre los judíos y sobre los hombres en general. Kafka describe el terreno, sus obstáculos, sus pantanos, pero el mapa se hace a medida que avanza. No podremos descifrar unilateralmente el tinte definitivo, desesperado o esperanzado, de su vida y su obra, porque su propia técnica literaria se propone hacernos fracasar al destacar lo indefinido, lo polivalente, lo indeciso. Leer a Kafka supondría hacerlo a partir de sus propias tensiones irresueltas; del interjuego permanente entre la vacilación, la fuerza expresiva y una sinceridad denodada que busca incansablemente revelar la riqueza de la variedad en la crispación de la palabra escrita.



En el hiato que va desde la percepción de la distancia de su propio cuerpo, de la vergüenza y el rechazo frente a la finitud amenazante de su ser físico, se puede ver la evolución de Kafka hacia

el exilio radical. Exilio marcado por la ansiedad, por el prurito del movimiento, por el miedo, por la inquietud y la soledad. Pero no podemos separar este desarrollo de la experiencia de Kafka en su mundo y en los círculos de pertenencia (la familia, el amor, el pueblo judío) que no podía alcanzar:

"La lejanía no le permite aferrar la mano, la mano que se le tiende" (Diarios, 21.1.1922, p. 389).

En esta lejanía se siente *"ciudadano de otro mundo..."* (Diarios, 28.1.1922, p. 393).

En el sentido del exilio está claro también en **América**. Karl Rossman es expulsado de su familia, de la casa de su tío americano, de su trabajo, y

se dirige ensoñado al circo mítico de Oklahoma. Kafka mismo ve a Rossman y a K. como compartiendo un mismo infortunio final. Una vida de exilio conduce a un fin injusto:

"Rossman y K. el inocente y el culpable, ambos finalmente ajusticiados, sin distinción..." (Diarios, 29.9.1915, p. 330).

Joseph K. de **El proceso**, es sin duda un exilado. El proceso lo marca, lo separa y lo aísla en una atmósfera laberíntica de pesadilla.

Lo conocido se convierte en hostil. La rutina y la indiferencia se convierten en los hilos con que se urde la trama que envenenará su vida y provocará su muerte. Joseph K. es desterrado por la sutileza fatal de un mecanismo incomprensible e inapelable.

Vale la pena volver sobre el tema central de **El Castillo**. Se trata de un agrimensor llamado K., quien llega a una aldea distante situada a los pies de un castillo. La historia relata la tortuosa e infructuosa gestión de K. por acceder al castillo, y por obtener igualdad de derechos en la aldea. K. conoce a Frieda, amante de Klammm, alto funcionario del castillo. Entre K. y Frieda se suscita una escena de amor:

"...Así, pasaron horas, horas de respiración fundida en un solo aliento, de un unido latir de corazones; horas en las que K. experimentaba sin cesar la sensación de extraviarse o de hallarse ya muy lejos, tan lejos en algún país extranjero, como no había estado jamás ningún hombre; una tierra extranjera en la cual ni el aire conservaba ya partícula alguna del aire natal, en la cual tenía uno que sofocarse y abogarse en extrañeza, y bajo cuyas tentaciones absurdas no se podía, sin embargo, hacer otra cosa que seguir andando, que seguir extraviándose..." (13)

Estas reflexiones de K., en el momento en que se halla con Frieda no tardan en recibir la confirmación exterior en las hostiles palabras de la mesonera, la protectora de Frieda:

"...¿quién es usted? ¡Usted, cuyo consentimiento en la boda solicitamos aquí con tanta humildad! No es usted del castillo, no es usted de la aldea, no es usted nada. Pero, por desgracia, es usted sin embargo algo: un forastero, uno que resulta supernumerario y está siempre ahí, molestando; uno por cuya causa se tienen constantemente líos, por cuya causa hay que

desalojar a las criadas; uno cuyas intenciones se desconocen; uno que sedujo a nuestra queridísima Friedita, y a quien, por desgracia, hay que dársela por esposa" (p. 59).

Pero precisamente por su calidad de exilado puede K. desarmar con sus reclamos, con sus preguntas, con sus aspiraciones, una realidad inhumana, ilusoria, a la cual uno de los secretarios del castillo designa como letal;

"¡cuán suicida puede ser la felicidad! comenta el secretario Burguel" (p. 302).

Para Hanna Arendt, K. es el prototipo del judío que desea la asimilación que la sociedad le niega. En el fracaso de la asimilación ve Hanna Arendt la raíz del sionismo de Kafka. Creemos que en cierta medida el análisis de Arendt es correcto, y al mismo tiempo reductor. El exilio metafísico es enigmático pero ilumina los exilios históricos, y les da su significado. K. puede ser no sólo prototipo de "paria", sino del tipo ideal del extranjero que no se siente parte de la unidad irreflexiva de la vida. K. no puede ser como el resto que acata sin reparos la autoridad. Y así se lo señala a Bernabé, el mensajero:

"Lleváis innata vuestra veneración de la autoridad: luego siguen inculcándoos esa veneración de las más diversas maneras y por todos los conductos, durante toda vuestra vida, y vosotros mismos ayudáis en ello por cuantos medios están a vuestro alcance" (p. 207).

Es decir, a un mismo tiempo es y se convierte en extranjero. Podría, quizá renunciar a los interrogantes, pero se lo impide su carácter de exilado interior, es decir, el vivir en el espacio abierto e infinito de la reflexividad y la interrogación.

Lo judío en Kafka

Kafka ha descripto como nadie la condición humana contemporánea, y al hacerlo ha fundado un nuevo espacio para la percepción y la expresión de lo humano en tanto exilio. Esta disposición se debe, entre otras, a su condición de judío. Si no lo fuera, probablemente no se habría aguzado su sentimiento de soledad, de extranjería, de desierto. Por otra parte, al captar permanentemente su debilidad, no hacía otra cosa que experimentar la inermidad judía frente a la hostilidad milenaria de los otros pueblos. La reflexividad azuzada, afilada, alerta, era su medio para obtener un mínimo de espacio legítimo en un mundo de amenazas y lejanías.

No hay que buscar demasiado para descubrir correspondencias y líneas de afinidad, tanto en lo formal como en lo temático, con la experiencia judía del exilio. Pensamos, por ejemplo, en estas líneas de Joseph Roth:

"... se ve obligado a tener papeles que demuestran su nacimiento, su existencia y su identidad.

Y empieza a recorrer caminos que, en pequeña escala, son exactamente tan oscuros, intrincados, trágicos y sin norte como en gran escala lo fueran los recorridos por sus padres. No lo mandan de Poncio a Pilato, lo mandan de la antesala de Poncio a la cerrada puerta de Pilato. Por lo general todas las puertas estatales están cerradas. Se las cierra sólo con secretarios de cancillería. Pero si hay alguien que, en términos generales, pueda gozar ejercitando el rechazo, son los secretarios de cancillería". (14).

¿Acaso la descripción de Roth no recuerda el aire envenenado en que se mueven Joseph K. y K. en **El proceso** y **El castillo**? Se trata del esquema de la búsqueda desorientada, de la dependencia

de los secretarios, de las brumas que envuelven el gran aparato de la justicia.

Pero los exilios de Roth y de Kafka no son sino otra expresión del largo exilio judío. El exilio, que describe Bernard Lazare:

"Nunca se encontró en el jardín del reposo, la tierra de elección. Cuando se cree haber hallado el oasis, la tierra de promisión, las ciudades de refugio, retornan las persecuciones: hay que huir, huir de España, huir de Polonia, etc..." (15)

Max Brod interpreta el aspecto judío de **El castillo** al sostener que a lo largo de la novela:

"Se percibe cada vez más nítidamente que la fría capa de aislamiento que envuelve a K. no es casual; tampoco es casualidad el que la población sedentaria de la aldea en que K. logró fijar, tras grandes esfuerzos, su residencia, se aparte de su lado y que él, en su anhelo de compañía, dé precisamente con la familia de campesinos

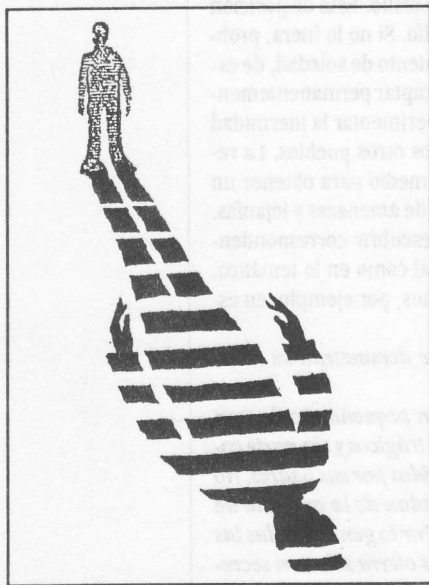
que todos desprecian. Pero el enigma por el cual K. no puede aclimatarse no se soluciona. Es un extraño, y ha caído en un pueblo que mira con desconfianza a los extraños. No se dice más. De inmediato se siente que este sentimiento de extrañeza es general entre los hombres y aquí se halla concretado en un caso particular. "Aquí nadie puede ser compañero

*de nadie". Todavía se puede concretar un poco más. Es el sentimiento especial del judío que quisiera arraigarse en un medio extraño, que anhela con todas las fuerzas de su alma acercarse al prójimo y ser totalmente idéntico a él, pero no logra tal identificación. La palabra "judío" no aparece en **El castillo**. Sin embargo, está al alcance de la mano la evidencia de que en **El castillo** Kafka ha dicho más sobre la situación conjunta del judaísmo actual, extrayéndolo de su alma judía y volcándolo en un sencillo relato, que lo que pueda leerse en cien tratados eruditos" (15)*

La tesis que tratamos de formular en nuestro trabajo ve el origen del exilio de Kafka en la percepción de lo corporal como carente de un espacio legítimo. El cuerpo sería un intruso inoportuno que, a falta de un ámbito armónico, seguro y cálido, experimentaba como propio, se desplaza sin cesar en una trayectoria imprevisible a lo largo de la vida y la creación kaskiana.

La génesis del exilio en Kafka nos devuelve a las fuentes del exilio en nuestra cultura. Kafka reflexionó acerca de ella, utilizó sus términos, y de algún modo repitió sus movimientos elementales: la vergüenza, la fuga, la culpa, el castigo. Lo singular y lo general se encuentran a través del discurso creativo en un ámbito abierto, desarraigado y nostálgico. Los límites entre lo ajeno y lo propio, lo judío y lo universal pierden nitidez en el marco del exilio metafísico. Sólo otro mundo puede devolver la armonía perdida: Kafka intenta tenazmente, sin desfallecer, indicar el camino hacia ese otro mundo:

"¿En qué región es? No la conozco. Todo armoniza allá. Se mezcla suavemente. Sé que esa región existe en alguna parte, hasta lo veo, pero no sé dónde está y no puedo acercarme a ella". (17).



La tenacidad por llegar es alentada por la lucha indecisa entre la desesperación y la esperanza. Las marcas de esta lucha en la arena desierta constituyen el texto de Kafka que en su despliegue vertiginoso señala quizás, también, cierto horizonte. Buber y Camus percibieron la fe inherente al duelo librado con la lucidez y el absurdo. Quizas Bashevis Singer nos indique con ingenuidad uno de lo posibles sentidos de esta fe:

"Cuando todas las naciones perciban que están en exilio, el exilio dejará de existir; cuando las mayorías descubran que ellas también son minorías, la minoría será la regla y no la excepción".

"... El hombre tiene que ser tanto él mismo, como una parte integrada al todo, fiel a su propio hogar y origen, y sabedor profundo del origen de los otros. Debe poseer tanto la sabiduría de la duda, como el fuego de la fe. En un mundo en el cual todos somos básicamente extranjeros, el mandamiento "amarás a tu prójimo" no es sólo un deseo altruista, sino la misma semilla de nuestra existencia". (18).

NOTAS

- (1) Franz Kafka, **Carta a mi padre y otros escritos**, Bs.As., 1955, p. 158.
- (2) Ibidem.
- (3) Franz Kafka, **Diarios**, Buenos Aires, 1953, p. 17, 19.7.1910.
- (4) Klaus Wagenbach, **Kafka**, Madrid, 1970, p. 134.
- (5) Elías Canetti, **El otro proceso de Kafka**, Barcelona, 1976, p. 50.
- (6) Franz Kafka, **Cartas a Milena**, Madrid, 1974, p. 175.
- (7) Op. cit., p. 129.
- (8) Kafka escribe lacónicamente: "Nunca he conocido la norma" (**Carta a mi padre...** p. 152). Este desconocimiento está situado en el cimiento mismo de la reflexión moral y el sentimiento de culpa que participan tan destacadamente en el clima de su obra.
- (9) **Carta a mi padre...**, p. 67.
- (10) Walter Benjamin, **Ensayos escogidos**, Buenos Aires, 1967, p. 65.
- (11) Gustav Janouch, **Conversaciones con Kafka**, edición hebrea, Tel Aviv, 1987, p. 60.
- (12) Maurice Blanchot, **El espacio literario**, Buenos Aires, 1969, pp. 70-71.
- (13) Franz Kafka, **El castillo**, Madrid, 1971, p. 52.
- (14) Joseph Roth, **Judíos errantes**, Barcelona, 1987, p. 122.
- (15) Bernard Lazare, **El muladar de Job**, Buenos Aires, 1945, p. 88.
- (16) Max Brod, **Kafka**, Madrid, 1974, pp. 178-179.
- (17) **Carta a mi padre...**, p. 213).
- (18) Isaak Bashevis Singer, "Yiddish, la lengua del exilio", **Odradek**, No. 1, México 1984, p. 39.

